

personas que andan con la cabeza erguida, como si la tierra no merece sus miradas.

Todo cuando se dice y se hace en este día, es en coro. Excepto para mister Dombey : mister Dombey está de una parte y la sociedad entera de otra.

CAPÍTULO LII

INFORMES SECRETOS

La buena mistress Brown y su hija Alicia estaban juntas y silenciosas en su casa. Era el anochecer de una de las últimas tardes primaverales. Días habían pasado ya desde que mister Dombey habló con el comandante Bagstock de la indicación singular no menos singularmente obtenida; pero la sociedad aún no había obtenido la satisfacción que deseaba.

Largo tiempo hacía que la madre y la hija estaban sentadas sin cruzar una sola palabra y sin moverse. La cara de la vieja expresaba la ansiedad y la espera : la cara de la hija también indicaba expectación, pero en menor grado, aunque algunas veces se enfoscaba, como si se cansara de esperar y la contrariase. Sin hacer caso de estos cambios de expresión, la vieja murmuraba, mascullaba y misteriosamente escuchaba.

La habitación de estas mujeres aunque misera no estaba ya como la conocimos, cuando mistress Brown se encontraba sola. Era evidente que había un poco más de cuidado y limpieza : seguía siendo un rincón gitanesco, pero se notaba la intervención de la joven. Las sombras de la noche fueron enseñoreándose del

cuarto, hasta que al fin se hicieron dueñas del espacio.

Entonces Alicia rompió el prolongado silencio diciendo :

— Ya puede usted desistir de su propósito. No vendrá.

— ¿Desistir? No : antes morir — repuso impacientemente la vieja. — Él vendrá.

— Ya lo veremos — dijo Alicia.

— Ya vendrá — repitió la vieja.

— Y el día del juicio también — dijo la joven.

— Tú te figuras que chocheo — replicó la vieja. — Ese es el respeto que me guarda mi hija; pero no soy tan tonta como crees. Te digo que vendrá. El otro día, cuando le detuve en la calle y le toqué la ropa, me miró con el mismo asco que hubiera tenido al ver un sapo; ¡Dios mío, qué cara puso al oírme decir que podía saber dónde estaban!

— ¿Parecía incomodado? — preguntó la hija, como interesada un momento.

— ¿Incomodado? Más bien dirás arrebatado : ¡Ya, ya! Incomodado... ¡si no fuera más que eso! — Diciendo esto se dirigió la vieja hacia el aparador, encendió una vela y volvió con ella para dejarla encima de la mesa. — Como tú cuando hablamos de ellos : no haces más que incomodarte... nadá más, ¿verdad?

En efecto, Alicia estaba acurrucada, como una tigre, con ojos centelleantes.

— ¡Escucha! exclamó triunfalmente la vieja — oigo pasos. La manera de andar no es de nadie que viva por aquí : no andamos de este modo nosotros; sería mucha honra para el vecindario. ¿No lo oyes?

— Me parece que sí, madre — contestó Alicia á

media voz. — ¡Silencio! Ya puede usted abrir la puerta.

Hízolo así la vieja, mientras su hija se envolvía más en el mantón : asomóse á la calle, hizo señas á mister Dombey y éste pasó el umbral quedándose como indeciso y desconfiado, al ver en qué habitación se metía.

— Pobre lugar es éste — dijo, haciendo una reverencia la vieja — para tan gran caballero como usía. Ya se lo había prevenido, pero no hay mal en ello.

— ¿Qué es eso? — preguntó mister Dombey señalando á Alicia.

— Esa es mi hermosa hija — contestó la vieja. — Está enterada de todo; de manera que no tiene por qué inquietarse usía.

Anublóse, evidentemente, el rostro del noble visitante, como diciendo : « ¡quién no estará enterado! » y miró con altivez á la joven ; ésta devolvió la mirada sin hacer la menor demostración de saludo. Entonces anublándosele todavía más el semblante retiró mister Dombey su mirada de Alicia como si ésta le sugiriese algún recuerdo.

— Mujer — dijo mister Dombey á la vieja que estaba mirando de medio lado á su hija y sonriéndose maliciosamente, — mujer, ya sé que me rebajo de una manera vergonzosa con venir á este sitio, pero usted sabe por qué lo hago y qué es lo que me prometió días pasados en la calle. ¿Qué tiene usted que decirme, concierne á lo que deseo saber y cómo será posible suponer que haya modo de conseguir noticias en un cobertizo semejante (y mister Dombey miró despreciativamente en derredor) cuando he puesto en juego medios poderosísimos sin conseguir resultado alguno? No pienso — dijo después de una pausa durante la cual observó severamente á la vieja, — no pienso que

tenga usted la audacia de quererse burlar de mí ó de engañarme. Pero si tales ideas tiene usted, hará bien en no seguir más adelante; no estoy para bromas y mi réplica pudiera ser severa.

— ¡Oh! un arrogante y duro caballero — dijo la vieja al mismo tiempo que se restregaba la manos, — duro, duro! Pero usia verá con sus propios ojos y oirá con sus propios oídos. Y si yo pongo á usia en la pista, sin duda me pagará por ello; ¿querrá usia, honorable señor?

— El dinero — repuso mister Dombey evidentemente tranquilizado al escuchar aquellas palabras — puede hacer cosas increíbles, ya lo sé. Pagaré todo lo que valiese la pena; pero necesito antes los informes, para juzgar de su valor.

— ¿De manera que no conoce usted nada más poderoso que el dinero? — preguntó la joven sin cambiar de postura.

— No aquí, me parece — dijo mister Dombey.

— Sin embargo, usted sabe que hay algo más poderoso que el dinero — repuso la joven. — Lo que puede la ira de una mujer, usted no lo ignora.

— Tiene usted mala lengua, desvergonzada! — exclamó mister Dombey.

— Generalmente no — contestó Alicia sin emocionarse lo más mínimo. — Si le digo á usted esto es para que sepa con quienes habla y tenga más confianza en nosotras. La ira de una mujer lo mismo es aquí que en la mansión de usted. Yo aborrezco; aborrezco desde hace muchos años. Y para mis iras tengo tantos motivos como para las tuyas tiene usted; el objeto de mi rencor es ese mismo hombre.

Mister Dombey se estremeció y miró asombrado á su interlocutora.

— Si — añadió ésta con cierta especie de ironía, — por grande que sea la distancia que nos separa, lo que le digo á usted es cierto. Cómo y de qué manera, ya es otra cuestión; eso lo guardo para mí. Quiero vengarme de él y nada más. En cuanto á mí madre, que es avarienta y pobre, se mueve por ganar dinero. Y me parece justo que la pague usted algo si le sirve á usted en sus investigaciones. Mi motivo, el mío, ya lo conoce usted: no se cotiza por chelines. Y he concluido. Mi mala lengua no dirá una palabra más así se esté usted ahí á pie quieto hasta mañana.

La vieja había estado en la mayor inquietud durante este discurso, temiéndose que resultase algún perjuicio para la ganancia que ya tenía por segura: entonces tiró á mister Dombey de la manga y en voz baja le dijo que no hiciera caso de su hija. Mister Dombey miró alternativamente á una y otra y con acento tembloroso, desusado en él, dijo:

— Veamos... ¿qué es lo que usted sabe?

— ¡Oh! no vaya usia tan de prisa. Tenemos que esperar á alguien — contestó la vieja. — Habrá que arrancarle un secreto, por buenas ó por malas.

— ¿Qué quiere usted decir con eso? — preguntó mister Dombey.

— ¡Paciencia! — contestó la vieja posando su mano, ó mejor su garra, en el brazo de su interlocutor — Paciencia. Ya conseguiré ese secreto: yo me sé cómo. Y si no quisiera soltarlo — añadió la buena mistress Brown encorvando sus diez dedos, — ya sabría arrancárselo.

Mister Dombey la siguió con la vista. La vieja fué á la puerta, inspeccionó la calle. Luego miró mister Dombey á la hija, que seguía en su sitio sin hacer caso alguno de lo que pasaba en su presencia.

— Me ha dicho usted, buena mujer, que espera usted á una persona — observó mister Dombey cuando la vieja se apartó de la puerta.

— Sí, señor — repuso la buena mujer mirando al caballero.

— Y esa persona es la que ha de dar los informes que necesito.

— Sí, señor.

— ¿Una persona extraña?

— ¡Oh! ¿Qué importa eso? — dijo la vieja con un chillido penetrante. — No, no es extraña esa persona para usía. Pero no le verá; tendría mucho miedo de usía y no hablaría una palabra. Usía escuchará oculto detrás de esta puerta y podrá juzgar por sí mismo. No pedimos que se nos crea, á título de confianza. ¡Cómo! ¿Usía teme alguna asechanza? ¡Así son todos los grandes caballeros! Pues no, señor; no hay nada que temer; veálo por sí mismo.

Bien había comprendido la vieja la desconfianza, hasta cierto punto explicable, de mister Dombey. Para desvanecerla tomó la vela y entró en la habitación de modo que mister Dombey viese que no había nada en ella. Luego volvió á dejar la vela encima de la mesa.

— ¿Habrás que esperar mucho tiempo á esa persona? — preguntó el caballero.

— No mucho — contestó la vieja. — Si usía tiene á bien sentarse por algunos minutos...

Mister Dombey no contestó: se puso á pasear por el cuarto con cierto aire de irresolución, como si no supiera bien qué hacer; tal vez marcharse. Pero pronto pareció más seguro, como absorto en una meditación que embargaba por completo su ánimo.

Mientras mister Dombey se paseaba de este modo, mirando al suelo, mistress Brown volvió á ocupar la

silla de donde se había levantado cuando entró aquel señor y se puso á escuchar de nuevo los ruidos de la calle. Quizás tenía el oído torpe, á causa de los años ó quizás los pasos de mister Dombey no la dejaban oír bien: el caso es que fué Alicia quien advirtió que alguien se acercaba á la puerta, diciéndola en voz baja: « Ahí está. » Mistress Brown se levantó inmediatamente, llevó á mister Dombey á su puesto de observación y puso una botella y un vaso encima de la mesa justamente al tiempo en que Rob entraba.

— ¡Aquí está mi chiquillo! — gritó mistress Brown abrazándole. — ¡Ah, ah! ¡el pobre! le quiero como á mi propio hijo.

— Bueno, mistress Brown, bueno — repuso el chico. — Ya basta; no hay necesidad de estrangularme. Además, no me estropee usted la jaula.

— ¡La jaula! Piensa en la jaula antes que en mí — exclamó la vieja. — ¡Como si yo no fuese para él lo mismo que una madre!

— Sí, señora, sí, ya lo sé: tengo mucho que agradecerla — repuso el malaventurado joven. — Yo también la quiero á usted mucho, pero no por ello la ahogo.

Y diciendo esto la miraba como pensando que de buena gana la ahogaría, si la ocasión se le ofreciera.

— ¡Y porque hablo de jaulas se me incomoda usted! — gimió Rob — como si esto fuera un crimen. Vea usted, vea usted esta jaula. ¿Sabe usted de quién es?

— De tu amo — contestó la vieja, con un gesto.

— Es un loro — añadió Rob poniendo la jaula encima de la mesa y quitando la funda.

— ¿Es el loro de mister Carker?

— Calle usted la lengua, mistress Brown — ex-

clamó el joven. — ¿Qué necesidad tiene usted de citar nombres? ¡Usted va á ser causa de mi pérdida!

Diciendo esto se llevó Rob las manos á la cabeza en ademán desesperado.

— ¡Vamos, hombre! ¿Tú me vas á reñir ahora? — exclamó vivamente la vieja.

— Bendito sea Dios, mistress Brown, no es eso — repuso el chico gimoteando de nuevo. — Yo no he dicho eso. ¿No la quiero á usted mucho?

— ¿De veras, Rob? — dijo mistress Brown abrazando nuevamente al chico.

Rob se vió sumamente apurado para no caerse por la violencia del encuentro : le temblaron las piernas y se le pusieron los pelos de punta.

— Si esto es querer bien — exclamó Rob, — mejor sería que... En fin, ¿cómo está usted, mistress Brown?

— ¡Ah! ¡Haberse estado una semana sin venir! — dijo la vieja con una mirada de reproche.

— ¡Por Dios, mistress Brown — contestó Rob. — ¿No la dije que vendría esta noche? Pues ya está usted viendo que he venido. No sea usted tan exigente : déjeme al menos respirar; me ha puesto usted la cara lustrosa en fuerza de caricias.

Diciendo esto se pasó la manga por los carrillos como si se quisiera quitar el lustre en cuestión.

— Un traguito para hacer fuerzas, Robin — dijo la vieja llenando el vaso que había puesto en la mesa y dándoselo al chico.

— Muchas gracias — dijo Rob tomando el vaso. — ¡A su salud! Ojalá... etc. — Á juzgar por la expresión de su cara el etc. no comprendía nada bueno. — Y á la de usted también — añadió Rob mirando á Alicia quien, con los ojos fijos, parecía mirarle también á él ó á la pared detrás de él, siendo la verdad

que se fijaba en la cara de mister Dombey asomado á la puerta. — Y deseándola lo mismo y mucho más.

Apuró el vaso y lo dejó después encima de la mesa. Hecho esto, continuó la conversación añadiendo :

— De manera que será usted más razonable mistress Brown, y se hará cargo de lo que vale esta ave, puesto que entiende la materia, según lo he aprendido á mi costa.

— ¡Costa! — repitió mistress Brown.

— Satisfacción quiero decir — repuso Rob. — No trastorne usted con sus censuras á un pobre chico. Vea usted : ya no sé lo que estaba diciendo...

— Decías que yo entiendo de aves.

— Eso es : pues bien, estoy encargado de este loro — se están vendiendo muchas cosas, hay cierta casa en almoneda y yo quisiera que mientras se toman otras resoluciones se cuidara usted de este bicho, teniéndole en calidad de huésped. ¿Qué le parece á usted? Puesto que Laya de ir y venir mucho — añadió Rob con semblante afligido — que sea por algo.

— ¿Cómo por algo? — exclamó la vieja.

— Además de usted, claro está — repuso el asustado Rob. — No quiere decir esto que deje de venir por usted exclusivamente. No se incomode usted otra vez, por amor de Dios!

— ¡No me quiere! No me quiere como yo le quiero — exclamó la vieja levantando las descarnadas manos. — Pero tendré cuidado de su loro.

— Cuídele usted bien, mistress Brown — insistió el chico — porque si no lo hiciera usted así, sólo con que le dejara mal las plumas al acariciarle, me parece que se sabría.

— ¡Ah! ¿Es tan astuto? — dijo vivamente la vieja.